

*Ensayo sobre las variaciones estacionales de las sociedades esquimales* con H. Beuchat (1905); *Introducción al análisis de algunos fenómenos religiosos* (1908); *El arte y el mito según Wundt* (1908); *La Plegaria, I* inédita por no haberla concluido (1909); "*Auna Virâj*" (1911) *Etnografía en Francia y en el extranjero* (1913).

De 1920 a 1931: *Una forma antigua de contrato entre los Tracios* (1921), *Sobre un texto de Posidonios* y *El suicidio como prestación suprema* enmarcan la obra capital, *Ensayo sobre el Don* (1925), del periodo en el cual M. Mauss, liberado del durkheimismo estricto, se apoya en los trabajos de René Maurier, Georges Dary, Raymond Lenoir. Cuando muere el fundador de la Escuela de Sociología así como un gran número de sus miembros, M. Mauss, ante el retiro voluntario de Lévy-Bruhl, se ve obligado a aceptar el papel de jefe de la escuela, a pesar de sus divergencias. En 1926 restablece *L'Année Sociologique* seguida de los *Annales Sociologiques*. En 1924 organizó en el círculo de la Calle Poitiers, en la Casa de los Politécnicos, junto con Lévy-Bruhl, C. Bouglé y R. Lenoir, el *Instituto Francés de Sociología*, constituido por cincuenta miembros, casi todos agregados, etnógrafos-juristas, miembros del Parlamento. La fundación del *Instituto de Etnología* constituye una prueba de la conciliación de las diferentes tendencias de sus principales miembros: Lévy-Bruhl, el Dr. Paul Rivet, jefe de los americanistas y M. Mauss. Durante este periodo produce las siguientes obras: *Las instituciones del Potlatch y del Koola*; *Gift, Gabe* (1924); *La cohesión Social* (1932); *Fragments de un plan de Sociología general descriptiva* (1934). Con estos estudios se inicia y se termina el periodo didáctico en el Colegio de Francia. De nuevo le interesa la problemática planteada por las sociedades hindú, hebrea y australiana y vuelve

a influir sobre él la obra de Durkheim, de R. Hertz y de H. Hubert. Los cursos sobre cosmología y juegos, temas de moda en esos momentos, preceden la aparición de un manuscrito, ahora desaparecido, "La Nación", del cual se publicaron en *Le Populaire*, algunos fragmentos.

Trató, además, muchos otros temas de menor importancia que ya fueron publicados o que lo serán en otras obras; lo más conveniente sería que se publicaran junto con los ensayos ya citados, aquellos que fueron publicados por Lévi Strauss en la obra *Sociología y Antropología*. Las sugerencias que contienen estas obras son lo suficientemente ricas como para que en la Escuela Francesa de Sociología se conserve la disciplina, la interdependencia e interacción con trabajos similares, contemporáneos en el mundo, y una agilidad siempre nueva, características de la obra de Marcel Mauss.

Raymond Lenoir

Nathan Keyfitz: *Can Inequality be Cured? The Public Interest*. Number 31, Spring, 1973.

Mientras leemos este comentario de Keyfitz —quien, a su paso por México visitó, hace años, nuestro Instituto— creemos ver su sonrisa, un tanto burlesca, un tanto desencantada. Quizás su actitud no sea la del escéptico a quien no conmueven los entusiasmos fáciles del joven que cree que bastaría con dos o tres fórmulas bien aplicadas para hacer de la Tierra un paraíso; pero, sí es la suya la actitud del crítico que precave contra el desbordamiento de esos entusiasmos, ya que el mismo hace que, por la vía de la supuesta solución, "se cuecen" problemas más graves que los que se intentaban resolver.

El comentario se refiere al libro de Jencks: *Inequality. A Reassessment of*

*the Effect of Family and Schooling in America*, que es una obra basada en datos e interpretaciones: que aprovecha la investigación ajena y le agrega otra propia; que se apoya en técnicas estadísticas para apoyar un *parti pris* del autor, para quien es evidente la necesidad de redistribuir la riqueza, y de hacerlo *activamente* y no a través de medidas indirectas.

Correlaciones parciales hacen que Jencks concluya que: primero, contra lo que se creía, la escolaridad *no explica sino en un 12%* las diferencias de ingreso y, segundo, que, en consecuencia, para mejorar la suerte del pobre, *no hay que extender —como se pensó— las oportunidades educativas (a las que se concibió como canales de ascenso económico) sino... darle dinero al pobre, sin más... y sin agregar, como hicieron los clásicos, aquello de “a cada quién según su necesidad... a cada necesidad según sus obras”.*

Keyfitz, muy sensatamente, se pregunta cómo pudo producirse un error tan grande como ese de considerar que la educación explicaba *en tan alta proporción* la desigualdad económica entre ricos y pobres, en Estados Unidos de América, e intenta una explicación histórica, dinámica, del tipo de las que no son frecuentes, pero que se deberían practicar más en sociología: aquella explicación —dice— *no fue errónea en su momento*, cuando las capas pobres estadounidenses se percataron de ello y reclamaron para ellas *también* (¿es el México de hoy?) las oportunidades educativas de que sólo disponían los ricos. Era cierto; fue cierto, *entonces*, que la educación era un importante diferenciador social; pero, cuando, tras ceder a la presión de esas masas (¿sería el México de mañana?), Estados Unidos extendió las oportunidades educativas, esa misma extensión, *elevó el nivel general de las capacidades* en el país sin hacer aumentar (e incluso haciendo

disminuir) las oportunidades mediatas de ascenso para muchos de los que ahora, son más instruidos que antes. O sea, que: 1) el mero descubrimiento de esa antigua correlación positiva, 2) la presión ejercida para beneficiarse de ella, y 3) el hecho de que la sociedad global cediera a esa presión, hizo que la correlación *disminuyera* (sin llegar a anularse o a cambiar de signo).

Frente a su hallazgo, empeñado en establecer la justicia, Jencks considera que puesto que una desigualdad tan grande como la que existe en EUA es *evidentemente injusta*, y puesto que —adicionalmente— ésta no puede ser eliminada por la educación, lo que se necesita es otra solución: quitarle al rico para darle al pobre. En otras latitudes, los pobres no esperan a que el gobierno les dé lo que a otros les quita, y proceden por sí mismos a realizar “expropiaciones” que son más reprobables por lo anárquicas y excesivas (puesto que con ellas lesionan, por otros lados, la justicia), que por lo que tienen de denegadoras del derecho de propiedad, pues —en esa anarquía y exceso— no se puede establecer la adecuada complementación de perspectivas que es uno de los elementos básicos para el logro del bien común.

Jencks es un justiciero; pero, también es un moderado. Afirma que hoy, en Estados Unidos de América, el índice de altruismo es de 0.00 y propone que cambie para ser de 0.50 (conforme se desprende de la presentación de Heyfitz) puesto que un índice igual a la unidad (la igualdad completa) sería excesiva (todo, en términos cuantitativos que hacen que nos preguntemos ¿por qué 0.5 y no 0.75; o 0.25? por ejemplo).

Pero, esto no es muy importante, como tampoco lo es la idea subterránea de Keyfitz de que quizás la desigualdad sea incurable y —no sabemos si ésta es su ideología— la de que ni siquiera

debe intentar curarse esa desigualdad. Lo que importa más —aquí— es la argumentación (muy correcta) del propio Keyfitz, quien nos recuerda (esa tipología de la causación social de Mac-Iver); que hay acciones sociales *de efectos no propuestos*, y que de este tipo puede ser la acción que Jenck ha realizado al publicar su libro, pues éste “remueve, así, algo de la justificación que apoyaba la educación [más o menos popular, en Estados Unidos]”, aun cuando no haya sido eso lo que se propusiera al escribir esa obra, en la forma parecida a como Galbraith, al criticar la creación de necesidades artificiales por la inercia en el movimiento de la maquinaria productiva capitalista provocó —sin quererlo— el aumento del presupuesto nacional y los gastos de defensa de su país.

La idea es más clara si se recurre a otro ejemplo concreto: el de la redistribución del ingreso a través de una escala impositiva que crece de acuerdo con los ingresos. Esa escala, cuando comenzó a operar, cumplía sus fines pero, “ahora, ha dejado de satisfacerlos, en cuanto se han escrito volúmenes enteros de códigos y regulaciones administrativas para definir [*ideológicamente*, interpolamos nosotros] el ingreso”, y permitir, así, que sean burlados nuevamente los intereses colectivos por los intereses individuales. De acuerdo con esos códigos hay, como señala Keyfitz, quienes viven como millonarios, pero que, cuando tienen que pagar impuestos resultan, conforme a la definición técnica-fiscal “carentes de ingresos”.

Menos dotados para la ironía o para el *understatement* de lo que pueden estarlo otros observadores (participantes, al fin) en una situación de pueblo rico; más obligados a aproximarlos a una santa indignación, dentro de nuestra condición de observadores (participantes también) de pueblo pobre, tenemos que señalar *brutalmente* que observaciones

como éstas muestran que los oprimidos del mundo tienen un dilema que resolver pues: 1) o aceptan las reglas del juego que se les impone, y montan guardia para impedir que cada nueva solución se las conviertan en instrumento de nuevas opresiones, o 2) cambian las reglas del juego. No la educación como medio para que yo logre ascender dentro de una sociedad injusta, sino la educación como medio de transformar en justa esa sociedad, para provecho mediato mío y de los otros. No la actitud del pobre aspirante a abogado por cuya mente nunc pasó la idea de convertirse en defensor de pobres y sí la de salir del proletariado y elevarse al nivel de la clase media mediante el establecimiento de un bufete reductible, sino la del universitario que proceda de la clase que proceda y disfrute o no de bienes y privilegios y que, se vea o no directamente afectado por la injusticia, campea por la justicia.

Es claro que los oprimidos del mundo tardarán en percibir esto; pero, cuando lo descubran (cuando se percaten de la necesidad de vigilar continuamente el que sus derechos no sean burlados), los opresores ya no tendrán que enfrentarse a “expropiadores” más o menos anárquicos, ni a románticos distribuidores de billetes de quinientos pesos a quien les queda más a mano, en una barriada popular; ya no tendrán enfrente ni a quienes rasguñan pero no hieren a sus opresores de dentro si a quienes prefieren pisarle los callos es al imperialismo atacando a la burguesía nacional, en vez de apuntar al corazón y a la cabeza del imperialismo internacional... Cuando lo descubran, dejarán de ser los ingenuos que exigen precisamente aquello que sus opresores están dispuestos a abandonarles como despojo, como señuelo, como capa que se deja entre los dientes del can, para salvar la piel. Cuando lo descubran, a esos otros —a los explotadores— se les planteará un

dilema no menos apremiante y no menos ineludible: el de 1) o aceptar las nuevas reglas del juego... o 2) desaparecer.

Oscar Uribe-Villegas

John E. Hofman and Haya Fisherman: "Language Sheft and maintenance in Israel". *Advances in the Sociology of Language*. Ed. by Joshua A. Fishman. II. Mouton. The Hague, París, 1972, pp. 342-364.

La reviviscencia del hebreo se considera un milagro. A diferencia de otros "milagros" (el alemán, el japonés; el español, dicen algunos) éste tiene una componente económica; tiene más aún, otra, de carácter político, pero —más que nada— parece ser el resultado de una decisión espiritual.

Como en muchos otros casos en que las causas pequeñas suelen tener, en lo social, efectos desproporcionados, en la reviviscencia sociolingüística del hebreo la chispa procedió de la decisión de un hombre, de un estudioso (Ben Yehuda) de usar para todas las necesidades comunicativas familiares la que, hasta entonces, no era sino la "lengua sagrada". La primera irradiación de su acto fue posible, por encima del grupo familiar, gracias al círculo amistoso. Y el empeño tuvo que ser grande para vencer dos resistencias: la propia, regida por la ley del menor esfuerzo, porque la lengua sagrada no se ceñía a las necesidades cotidianas, y la ajena en cuanto los círculos religiosos se oponían a esa "profanación" de la "lengua sagrada". Las ondas trasmisoras del movimiento que favoreció el empleo profano del hebreo las proporcionaron, después, los jóvenes. En determinado momento, aquello que: 1) había demostrado ser deseado, sólo individual o grupalmente; 2) que había

resultado posible; 3) que algunos grupos habían llegado a considerar deseable, llegó a ser, también, necesario, indispensable. La migración de judíos de diferentes procedencias y diferentes hablas hacia un solo punto (Israel) planteó la necesidad de una *lingua franca* y a esa necesidad le salió al encuentro la voluntad de que esa *lingua franca* fuera el hebreo. Cuando se estableció el Estado de Israel, la convergencia entre lo posible y lo deseable llegó a su perfección y (más que en 1913 en que eso empezaba a aparecer claro) ya no se trataba de determinar qué idioma había que adoptar sino qué tan rápido sería el desplazamiento [hacia él, hacia el hebreo].

Hofman y Fisherman se declaran continuadores de Bachi en el estudio del desplazamiento lingüístico desde las otras lenguas (las de los inmigrantes y las de los aborígenes no judíos) hacia el hebreo. El tema —conforme al tratamiento que ha hecho clásico Joshua Fishman— implica, naturalmente, la fase complementaria de mantenimiento (exclusivo o incluyente) de las otras lenguas en Israel. El tratamiento es sociológico y es —también— sicosocial: incluye tanto los *praeterita* como los *circunfusa* (los contactos previos y el contexto de establecimiento de los hablantes) y tanto los factores cognitivos como las motivaciones para retener, substituir o complementar la lengua materna con la oficial.

Los aspectos sicosociales resultan tan interesantes como los sociológicos: en una primera etapa, los motivos de desplazamiento hacia el hebreo dependían de la valoración de esa lengua; en una segunda, han llegado a depender de su funcionalidad: no se le valora ni por sí mismo ni como instrumento nacionalista sino en cuanto es la norma sociolingüística y permite la comunicación. En la contrapartida, si las lenguas maternas se mantienen *en un sector* de la vida